



EL DOS DE MAYO



4

ORACIÓN SAGRADA

PRONUNCIADA

con motivo de los solemnes cultos que en igual día del año 1898 celebró el Ayuntamiento de Madrid, en la Santa Iglesia Catedral,

POR EL DOCTOR

D. LUIS CALPENA Y AVILA,

Capellán de Honor de número de S. M. y Magistral de la Real Iglesia de San Francisco el Grande.

Se publica por acuerdo y á expensas del Ayuntamiento de Madrid, con licencia de la Autoridad eclesiástica.



MADRID.

IMPRENTA MUNICIPAL.

1898.

EL DOS DE MAYO

ORACIÓN SAGRADA

PRONUNCIADA

con motivo de los solemnes cultos que en igual día del año 1898 celebró
el Ayuntamiento de Madrid, en la Santa Iglesia Catedral,

POR EL DOCTOR

D. LUIS CALPENA Y AVILA,

Capellán de Honor de número de S. M. y Magistral de la Real
Iglesia de San Francisco el Grande.

Se publica por acuerdo y á expensas del Ayuntamiento de Madrid,
con licencia de la Autoridad eclesiástica.



MADRID.

IMPRENTA MUNICIPAL.

1898.

Ayuntamiento de Madrid.

Presidencia.

Particular.

ILMO. SR. D. LUIS CALPENA.

Mi respetable señor y amigo: La modestia propia de su carácter personal y del ministerio que, para bien de la Iglesia, ejerce, ha intentado impedir que se difunda en el público la hermosa oración sagrada que usted pronunció el día 2 de Mayo en la Catedral, rindiendo obligado y solemne tributo á la memoria de aquéllos que como héroes despreciaron sus vidas en holocausto de la madre Patria, y como mártires no pensaron en la fuerza de sus enemigos, oponiendo contra su potente barbarie el escudo de sus generosos pechos.

Usted quería, repito, borrar las huellas de su magnífico discurso, impidiendo que la imprenta perpetuase sus palabras, dichas con sublime entonación cristiana al pie del altar donde los fieles dedicamos nuestras preces á los hermanos, muertos para el mundo, y vivos eternamente para la gloria; pero yo como hijo de este heróico pueblo madrileño, y como su representante oficial, tengo la obligación de oponerme á los propósitos de usted, y le ruego me permita imprimir su oración para que sirva como ejemplo en lo porvenir, y para que en lo presente conforte los ánimos de cuantos españoles recorran sus periodos saturados de sublime elocuencia, llenos del santo amor á la Patria, que es grato á Dios porque enaltece á sus criaturas.

Cuando empecé como Alcalde la celebración del Dos de Mayo, advertí desde los primeros momentos que en 1898, la fiesta, piadosa y periódicamente realizada en el presente año, había de revestir mayor y más inusitada grandeza. Nuevas

criminales manos atentaban contra el honor y la integridad de España; nuevos heroismos iban á sumarse á los pasados, como atestiguando que nuestra historia parece leyenda, porque en ella brillan el valor y la grandeza en términos nunca por ningún otro pueblo igualado.

Quise que la oración sagrada, que por acuerdo del Ayuntamiento se dedica anualmente á las víctimas del Dos de Mayo, se encomendase en esta ocasión á quien, por sus talentos y circunstancias, pudiera interpretar con toda la solemnidad anhelada por el deseo, los sentimientos patrióticos de esta Villa, y pensé en usted... jóven, instruído, elocuentísimo, con el cerebro lleno de ideas y el corazón henchido de grandes virtudes, capaz de dar á la noble pasión por nuestra tierra todos sus arrebatadores acentos, y capaz también de obtener las inspiraciones divinas, en las cuales son las palabras bálsamo que alivian los dolores y que cicatrizan las heridas del alma. Usted podía hablar al pueblo de Madrid en hora solemne, como á tal hora correspondía, y usted habló superando de tal manera sus esperanzas, que aun pasadas las emociones que su discurso me produjo, siempre que recuerdo sus conceptos y sus palabras me siento conmovido, y le declaro que yo, hombre á quien la suerte destina á la lucha diaria, donde diríase que la sensibilidad se encallece, al escuchar el sermón de usted, me entregué por entero al enternecimiento y lloré, como se llora cuando las lágrimas, rebosando del corazón, llegan hasta la altura de los ojos, por donde se vierten contra los esfuerzos de la voluntad.

Patria, Religión, amor á Dios, amor al hogar donde se nace, donde se vive, donde se ha de morir; lazos que nos unen á esta tierra; cielo que cubre este rincón del mundo donde brilla siempre el sol de la gloria. Cosas sublimes, consoladoras que enseñan y vigorizan; de todo eso hay en su sermón y como todo eso lo oímos únicamente los que en el templo estábamos y es preciso que lo conozcan cuantos á la fiesta no asistieron, le pido que ponga en cuartillas su discurso y que me permita publicarlas para honor y bien de la Villa madrileña.

Que lean sus magníficos períodos cuantos no los escucharon; que se saturen de su grandeza y que con la imaginación reconstruya el cuadro que será imborrable en la memoria de los que le contemplamos. Un templo magnífico, recogimiento

propio de la casa de Dios y en la Cátedra Sagrada una voz poderosa que sirve de vehículo á pensamientos inmortales dedicados á cantar la grandezas españolas y á infundir en nuestros pechos la esperanza de que tras los días de prueba, vienen los días victoriosos cuando en la fé y en el derecho saben afirmarse las voluntades....

Esperando que atienda mi petición, me ofrezco suyo affmo. s. s. amigo y admirador, q. b. s. m.,

Conde de Romanones.

Madrid 4 de Mayo de 1898.

EL DOS DE MAYO.
PARÁFRASIS DEL SALMO XLV.



*Deus noster refugium, et virtus: adjutor,
in tribulationibus quæ invenerunt nos nimis.*

Propterea non timebimus...

Nuestro Dios es refugio y fortaleza; nos ayuda en nuestras grandes tribulaciones.

Por eso no temeremos....

SALMO XLV.



EL Dos de Mayo!

Incorre en gravísimo error quien crea que el Dos de Mayo es para el pueblo español un día de odios y de venganzas contra otro pueblo de nuestra raza, hermano nuestro, que cuenta hoy con las seguridades de nuestra proverbial hidalguía y de nuestra amistad inquebrantable. No, el Dos de Mayo tiene en la historia de este pueblo una significación más elevada; es, señores, toda nuestra historia condensada en una sola página.

¡El Dos de Mayo! Sí, este es el día en que España apareció tal cual es y como no dejará de ser jamás: el pueblo que sacude con indomable bravura todo yugo y quebranta y pisa las cadenas de toda esclavitud.

¡El Dos de Mayo! Este es el día en que despertó el león que parecía dormido, soltó su melena á los vientos, crispó sus garras y asombró al mundo con su fiereza.

Hoy se cumplen noventa años que en este día y en

esta misma hora leía Napoleón desde su trono en el cielo de España, alumbrado por el incendio de un gran combate, aquellas fatídicas palabras que anunciaron á un rey de Babilonia el fin de su imperio: *Mane Thecet Phares* (1). Nuestros pequeños cañones hacían retemblar en esta hora un trono que Europa juzgaba inmovible. ¿Y no nos será dado creer que allá en los altos é inescrutables designios de Dios estará escrito que acabe España el siglo XIX humillando á otro coloso, que más que Napoleón el Grande, es gran despreciador de las leyes de Dios y de los cánones de la civilización verdadera? ¿Quién, señores, será tan pusilánime que se sienta desfallecer en la primera jornada, porque se resten unos barcos á nuestra flota (2)? ¿No recordáis que el desastre del Guadalete fué el prólogo de la gloriosa reconquista., y el Dos de Mayo la primera página de nuestra más grande epopeya?

Yo de mí sé deciros que, herida y exaltada mi imaginación por las circunstancias del momento, en ese catafalco levantado á la memoria de los héroes de la Independencia española, más que el sepulcro de aquéllos mártires de una santa causa, que seguramente gozan ya de una bienaventuranza infinita, veo la tumba donde sepultó el Omnipotente la ambición y la soberbia de un tirano que soñó avasallar el mundo. Sí; hoy para mí ese monumento es la Isla de Santa Elena, y estos funerales, los funerales que eternamente cantará España, en el Dos de Mayo, á la tiranía de todos los siglos.

Hubo en la historia antigua un pueblo que recibió del cielo la altísima misión de conservar y defender en la tierra la idea de Dios y los derechos de su eterna jus-

(1) Dan. V. 25.

(2) Se predicó esta oración al día siguiente del combate naval de Cavite.

ticia. Pueblo del Señor se llamaba Israel, porque el Señor lo había escogido entre todos los pueblos para que fuese su sacerdote y su soldado. En la historia moderna, en el Nuevo Testamento, Dios ha pactado también con un pueblo; lo ha elegido para que sea su pueblo peculiar (1). No le ha confiado el depósito de la fé que entregó Jesucristo á su Iglesia, á su Sacerdocio universal; pero le ha confiado la defensa de este depósito sacratísimo; le ha constituido su soldado. Ese pueblo es España.

Cuando asentó el Eterno en el vacío los cimientos de la tierra (2), cuando formaba con su palabra creadora los continentes, España apareció dibujada por el dedo de Dios entre dos mares y colocada entre el Africa y la Europa, como ciudadela inexpugnable, desde la cual había de defender el pueblo de Dios, en la plenitud de los tiempos, la nueva civilización, la civilización cristiana.

Si, pues, el destino histórico de nuestro pueblo es análogo al de Israel, y la historia de España no es, señores, más que un eterno Dos de Mayo, un día continuado de luchas, permitidme que condense nuestra historia, la historia de este nuevo pueblo del Señor, del campeón del catolicismo, del soldado de la civilización cristiana, en un canto hebreo, en el salmo XLV de David, cuya paráfrasis quiero ofrecerle á mi patria querida, en este día memorable, y en esta ocasión solemne, como himno bélico que la conforte en sus tribulaciones y le aliente en la pelea.

**Dominus noster refugium et virtus;
adjutor in tribulationibus quæ invenerunt nos nimis.**

Propterea non timebimus.....

(1) Deut. XXVI. 18.

(2) Prov. VIII. 29.

«*Nuestro Dios es refugio y fortaleza; nos ayuda en nuestras grandes tribulaciones.*»

«*Por eso no temeremos.....*»

Esta, que es la nota dominante del cántico hebreo, será la síntesis de mi paráfrasis.

DROBADO por Dios y castigado por sus múltiples infidelidades, el pueblo de Israel, esclavo en Egipto, cautivo en Babilonia, oprimido en Madián, en Gaza, en Galaat, en Sidón, había sentido siempre, en medio de sus tribulaciones, la protección de Jehová que, aplacado por la oración y la penitencia, convertía al punto las cadenas en espadas (1), y daba al pueblo hebreo, el pueblo más pequeño entre los pueblos antiguos, victorias tan singulares y triunfos tan extraordinarios (2), que los tendríamos como mera fábula oriental, si los israelistas mismos, anticipándose á nuestra incredulidad, no hubiesen dejado consignado el secreto de aquellos prodigios en estas palabras del Salmo XLV de David: **Deus noster refugium, et virtus: adjutor, in tribulationibus quæ invenerunt nos nimis.** *Nuestro Dios es refugio y fortaleza; nos ayuda en nuestras grandes tribulaciones.*

¿Y es posible, señores, encontrar otras palabras que formulen mejor la expresión de la verdad histórica y de los sentimientos de gratitud y de esperanza del pueblo español en estos momentos de ruda prueba? Sí, Dios ha

(1) Jerem. XVIII. 8, 9. et XXXI. 9, 10, 11.

(2) Jerem. XVIII.—I. Mac. IV, V, VI, VII,—II. Mac. VII, et seq.

sido siempre nuestro refugio y nuestra fortaleza; pero cuando brilla de un modo extraordinario su protección soberana y su auxilio divino es en los momentos de angustia, en los instantes supremos, en las crisis decisivas de nuestra existencia nacional.

¡Ah! cuando el pueblo español ve cerrados todos los horizontes, cuando densas tinieblas amenazan envolverle, cuando todos le abandonan y se siente mancillado en su honor ó herido en su libertad, entonces, señores, es cuando España se crece, se agiganta, toca con la frente en los cielos, y recordando que Dios no le ha abandonado jamás, y dejando escapar de su pecho aquellas palabras de sublime confianza de Israel: *Deus noster refugium et virtus: adjutor in tribulationibus quæ invenerunt nos nimis*, se lanza con ciega fé en medio del combate y escribe con su espada las páginas más brillantes de la historia.

Por eso hoy mismo, señores, mientras Europa tiembla al ver el desequilibrio de las fuerzas beligerantes y pasa los días comparando las escuadras norteamericanas con nuestros pobres barcos y contando los setenta millones de habitantes de los Estados Unidos y los diez y siete de España . . . , nosotros no tememos; ¿qué importa, qué puede importar el número de los hombres y de los barcos á un pueblo que tiene consigo á Dios? **Propterea non timebimus dum turbabitur terra: et transferentur montes in cor maris.** No, no temeremos aunque el estrépito de los cañones enemigos hiciera retemblar todas nuestras colonias á la vez y frente á cada una de nuestras islas aparecieran simultáneamente sus escuadras como baluartes inexpugnables, como gigantes fortalezas, como montañas altísimas arrancadas de la tierra y trasladadas á los senos del mar. *Non timebimus dum turbabitur terra: et transferentur montes in cor maris.*

La Sagrada Escritura emplea con frecuencia la ima-

gen del océano para representar los pueblos de la tierra. No podía la Sabiduría de Dios encontrar en todo lo creado imagen más perfecta. Olas, tempestades, profundidad, inmensidad, abismos, nada falta en este vasto é imponente océano. El hombre puede, ayudado de poderosas máquinas, desviar el curso de los ríos, puede canalizar todas las aguas que atraviesan los continentes; pero todo su poder se estrellaría en las arenas de la playa si intentara su orgullo cambiar la faz del océano. La ciencia no le dá armas para luchar con la inmensidad; ni hay máquinas, ni hay explosivos que puedan levantar en espirales de trombas aquella extensión inconmensurable, ni encontrará jamás el hombre medio para introducir variación alguna en el mapa inalterable de los mares. Sólo Aquél que tiene á sus órdenes el soplo de la tempestad, *dixit et stetit spiritus procelæ* (1)... Sólo Dios puede levantar las olas y agitar hasta la profundidad de sus abismos; (2) sólo Dios puede remover y trastornar el océano de los pueblos, porque sólo de Dios está escrito que enviará su Espíritu y será renovada la faz de la tierra (3).

Quiso Roma transformar la faz del mundo y soñó en la unidad y en la grandeza de un imperio universal. Sus águilas cruzaron el desierto y llenaron de espanto el corazón del invicto Aníbal que buscó en un veneno la muerte. Grecia las vió pasar y eclipsado el sol que encendiera la llama de tantos genios y de tantos héroes, perdió toda su gloria para ser incorporada á la república romana. Numidia, Ponto, Tracia, Iliria, Capadocia, las Galias, la Germania; y Egipcios y Persas y Medos y Parthos y Celtas, todos los pueblos, todas

(1) Ps. CVI. 25.

(2) Et exaltati sunt fluctus ejus. Ps. CVI. 25.

(3) Ps. CIII. 30.

las razas habían sido subyugadas por el poder de Roma. Más ¡ah! que cuando aquel imperio creía que estaba ya borrado el mapa del mundo trazado por Dios; cuando soñó que había ya logrado la unidad y la universal dominación...; cuando sentada Roma en el trono de la tierra, juzgó que nada en el mundo podía turbar el silencio de aquella paz impuesta por la tiranía....., **Sonuerunt, et turbatae sunt aquae eorum: conturbati sunt montes in fortitudine ejus.** La mano airada de Dios agitó las aguas, su cólera hizo estremecer la tierra y los pueblos todos ven pasar la justicia divina que no detiene su paso hasta que logra conmover las siete colinas sobre las que descansa el solio de la soberanía universal. «Déjame, dice Atila al ermitaño que intenta detenerle en su marcha devastadora; soy el azote de Dios; *una fuerza secreta* me impele á saquear á Roma.» Una fuerza secreta..., *in fortitudine ejus*. Sí, es el poder y la justicia de Dios que se cierne sobre aquel pueblo para destruir su obra y delinear sobre sus ruinas la nueva faz que necesita un planeta regado ya con la sangre del Hijo de Dios.

Y Roma, señores, fué saqueada y destruída; y roto su cetro, y arrojada al fuego su corona, borradas de toda la tierra las huellas de su imperio, sobre las cenizas de aquella civilización aparecen trazados por la mano de Dios los nuevos estados cristianos, en los cuales, ¡entendlo bien, tiranos de todos los siglos!, en los cuales no habrá de universal más que el amor y la fraternidad, formando ese lazo sacratísimo que nosotros llamamos *el derecho de gentes*.

Pero esta nueva civilización, esta coexistencia de grandes y pequeñas nacionalidades unidas sólo en Jesucristo, necesitaba para su defensa de un soldado y de una fortaleza. La fortaleza había sido levantada desde la

formación del mundo; el soldado estaba formado también: se había formado en el fragor de los combates luchando con Roma y dando á su prehistoria cristiana nombres tan gloriosos como Indibil, Mandonio, Viriato, Sí, estaba formado el guerrero; más aún, había recibido la consagración de Dios. De Jerusalem ha salido un río de bendiciones hacia España. **Fluminis impetus lætificat civitatem Dei.** Salvando las grandes cordilleras pirináicas, el Hijo del Trueno, el Apostol Santiago busca, mandado por el mismo Jesucristo, un pueblo que se sienta en las márgenes del Betis, del dorado Tajo y del Ebro. Pero no bastaba que un Apostol de la fé determinara con las bendiciones de Jesucristo la altísima y providencial vocación de España. La ciudadela de Dios debe ser consagrada, santificada, para que esté exenta de toda profanación. ¿Y qué consagración podrá asegurar á España que su suelo santo no será jamás hollado ni profanado por la planta del enemigo?... Ya lo sabéis... Dios santificó su pueblo mandando á España lo que más ama en el cielo y en la tierra. **Santificavit tabernaculum sum Altísimus.** La Madre de Dios, la Santísima Virgen María, antes de abandonar este planeta, fué trasladada por ministerio de los ángeles á la venturosa España, y desde las riberas del Ebro resonaron de nuevo en el mundo aquellas palabras que dijo Moisés al pueblo escogido del Señor: *Dominus elegit te hodie ut sis ei populus peculiaris* (1), palabras que dichas esta vez no por un Profeta de Dios, sino por su propia Madre han de traducirse de esta forma: «Jesucristo, mi Hijo é Hijo de Dios; El que ha venido á la tierra á establecer el reinado de la justicia bajo un solo derecho, el derecho divino y universal, ha escogido este

(1) Deut. XXVI, 18.

pueblo como campeón que defenderá con su valor y su fé la paz y la libertad del mundo redimido con su sangre preciosa.»

¡Qué consagración tan solemne! ¡Qué vocación tan divinamente ordenada y definida! ¿Cómo extrañar que al poner su planta en este suelo bendito aquellos bárbaros lanzados por Dios para demoler la civilización pagana, encontraran en España la única fuerza que pudo dominarles y rendirles para que dieran gloria á Dios, terminado y cumplido su destino en la historia?

España había comenzado ya su misión . . . ; el campeón de la civilización cristiana ha empuñado la espada y ha abrazado el escudo, y no habrá poder en la tierra que le obligue á abandonar su puesto de honor, cuantas veces Europa, el mundo amenazado por la tiranía y la barbarie, reclame su heroísmo.

¿Quién cerró el paso á los hijos del desierto, que salidos del Africa se arrojaron con ímpetu salvaje sobre la Europa cristiana? Alentada por el fanatismo, la barbarie agarena intentó profanar nuestra civilización. El Corán quería destronar al Evangelio, y sus huestes aguerridas creyeron más fácil apoderarse de Europa entrando por España. ¡Funesto error! . . . Unos cuantos héroes descendientes de Viriato, subieron á un monte, se escondieron en una gruta, oraron . . . ; y lanzando desde aquellas alturas á los cuatro vientos este grito sublime: *Deus noster refugium et virtus, adjutor in tribulationibus quæ invenerunt nos nimis*, con una cruz y una espada en sus manos, delirantes de entusiasmo, encendidos en patrio amor, unidos por santo juramento, descienden del monte como un solo hombre, como un solo guerrero, como un solo soldado que ya se llama Pelayo, y venga la rota del Guadalete con una victoria que solo puede explicar la fé; ya se llama Alfonso VIII, y graba en la historia la gi-

gantesca hazaña de las Navas; ora toma el nombre de Alfonso XI, y acaba en el Salado con las últimas tribus invasoras; ora el de Fernando é Isabel, para clavar la cruz en las almenas de la Alhambra; ora, en fin, más tarde, el de D. Juan de Austria, para convertir las aguas de Lepanto en un verdadero Mar Rojo, que sepulta entre sus olas aquella asombrosa escuadra otomana, que era la admiración y el terror de todo el mundo.

El siglo XIX inauguró sus días con la dominación de un hombre que pretendía, como Alejandro y como Roma, hacer de todo el mundo un solo reino. La hegemonía napoleónica había reducido á la esclavitud la mayor parte de los estados cristianos, y mientras los ejércitos imperiales iban llegando á Viena, á Roma, á Tilsit, á Berlín, Napoleón invitaba á los reyes vencidos y engañados á escuchar en el parterre de Erfuth las mejores obras de Corneille declamadas por Talma.

Nuestro Rey había sido también engañado y llevado cautivo, y tal vez por esto creyó el coloso que era ya dueño de España. ¡Con qué desdén la miró!

Sólo quedaban aquí dos Infantes. Era preciso, en los vastos planes de Napoleón, conducirlos también á Bayona. No debía quedar en el trono de España vestigio alguno de sus instituciones El día Dos de Mayo saldrían de Madrid . . . ; y consumado este despojo ¿cómo había de oponer resistencia España á sus proyectos de conquista? ¡Ah! creía Napoleón que reteniendo en cautiverio á las personas reales de España, España había quedado sin rey y sin caudillo. No sabía aquel emperador que el trono de San Fernando está siempre ocupado por un poder superior á todos los poderes de la tierra. Ignoraba aquel tirano que la nación española tiene siempre por rey á Dios, y que un pueblo que tiene en su trono á Dios, no puede ser conmovido ni subyugado. **Deus in**

medio ejus non conmovebitur. No pensó Napoleón que el Dos de Mayo, la fecha fijada por sus ambiciosos designios, podía ser el día señalado por el Profeta Rey con estas consoladoras palabras: **adjuvabit eam Deus mane diluculo.** *Saldrá Dios en su defensa por la mañana al rayar el alba.*

Así fué señores; por la mañana, *mane*; *diluculo*: no diré al rayar la aurora, porque el Dos de Mayo no tuvo aurora. Acostumbrado el sol, por tanto tiempo, á iluminar sin ocasos la diadema de España, aquel día ocultó su disco con un velo de nieblas, para no alumbrar las infinitas escenas de horror que habían de desarrollarse en la heróica Villa.

Mane.., diluculo... Desde las primeras horas de la mañana aparecía sitiado el alcázar de nuestros reyes por el pueblo, por los nobles hijos de Madrid, resueltos á formar con sus pechos una muralla contra los planes de la perfidia. En todas las miradas se reflejaba la indignación más profunda..; crecía la ansiedad por momentos.... La agitación de aquellas masas producía ya ese murmullo imponente é indefinible, solamente parecido al sordo rumor precursor de la tormenta que forman las nubes cargadas de electricidad. .. Oyóse de pronto el rodar de los cañones enemigos ... ¡y una detonación inesperada, una descarga de artillería contra la muchedumbre indefensa, fué la señal de la tremenda guerra, cuyo alcance no pudo medir entonces el sanguinario Murat! *¡A las armas! ¡á las armas!*: este fué el grito valiente que dispersó á aquella multitud para reunir la un momento más tarde, armada de cuchillos, escopetas, palos, sables, espadas, trabándose en las calles de Madrid, entre el pueblo y el ejército invasor, una lucha tan sangrienta, un combate tan desesperado y tan heróico, que no registra la historia otro igual ni en los días de Numancia y de Sagunto.

Sombras augustas de Daoiz y de Velarde, almas generosas de tantos héroes... revelad á España, en estos momentos de lucha, el secreto de vuestro heroísmo; revelad á la generación presente el valor incontrastable que puso en vuestras almas la fé; las energías divinas, el ardor y el entusiasmo que encendió en vuestros corazones la protección del Señor, que salió á vuestra defensa en aquella mañana eternamente memorable; reveladnos las dulzuras y los encantos del sacrificio, el placer inefable de morir por la patria; el eterno galardón que el cielo tiene preparado para el que sella con su propia sangre la causa de Dios y los derechos inviolables de su justicia.

¡Cuántos prodigios ha obrado Dios en la historia por medio de España! Desde el estrecho de Mesina hasta el mar Báltico, y desde la desembocadura del Tajo hasta las márgenes del Vístula, **conturbatæ sunt gentes, et inclinata sunt regna**, se estremecieron todas las gentes y se inclinaron todos los reyes ante el coloso de la tierra. Holanda, la opulenta Holanda, dueña de los mares, no es más que una provincia del Imperio. Prusia, vencida en la memorable batalla de Jena, pierde la mayor parte de su reino; Austria ha sido derrotada en Ulma; Rusia en Austerlitz, en Eylau, en Friedland; *Conturbatæ sunt gentes, et inclinata sunt regna.*

Pero dió el Señor una voz, **dedit vocem suam**.... El pueblo español, el soldado de la civilización cristiana ha dado en nombre de Dios un grito de libertad y de independencia, *dedit vocem suam*, y se conmovió la tierra, y sacudió el mundo esclavizado las cadenas de su opresión: **mota est terra.**

Venid hijos de la heroica España y veréis cuán grande es la protección de nuestro Dios, **Dominus virtutum nobiscum, susceptor noster Deus Jacob**, el Señor de los ejércitos está con nosotros, nues-

tro defensor es el Dios de Jacob. Venid y ved cuan fecunda es la sangre de los mártires. Venid y ved los prodigios obrados por esta sangre generosa derramada en aras de la justicia divina: **Venite et videte opera Domini quæ posuit prodigia super terram.** El grito de guerra lanzado por Daoiz y Velarde ha llegado á todos los puntos de la Península, y en Zaragoza, Gerona, Sagunto, Tarragona, Ciudad-Rodrigo, San Marcial, se reproduce el Dos de Mayo con todas sus sangrientas escenas, y el señor de Europa, el gigante del siglo temido de todas las naciones, cae muerto, como el filisteo á los pies de David (1), al recibir en su frente, de tantos laureles coronada, la primera piedra . . . : la piedra que le lanzó España desde los campos de Bailén, con la maravillosa honda de su valor, de su heroísmo. Sí, el gigante ha sido derribado; se levantará todavía y caminará, pero serán vacilantes sus pasos, como los pasos que dá un herido de muerte . . . ¡pasos hacia el sepulcro! De derrota en derrota le veréis caer y penosamente levantarse en Moscou, Leipzig, en Waterlloo.....; vá buscando el sepulcro que Dios le tiene preparado..... Es una isla, una pequeña isla que se pierde entre las olas del Atlántico equinoccial... **Auferens bella usque ad finem terræ.** El genio de la guerra había de ser confinado á los extremos de la tierra, lejos, muy lejos de todos los pueblos que subyugó, para que ni la vista de su sepulcro pueda turbar la libertad y la paz, á costa de tantos sacrificios conquistada, por el soldado de la civilización cristiana, el invencible, el indomable pueblo español.

Empezamos, pues, el siglo luchando por la causa de la civilización, por su libertad y por su paz; ¿cómo no había de encontrarnos este siglo al fin de sus días en

(1) I Reg. XVII, 49.

nuestro puesto de honor, armados siempre en defensa de la justicia y del derecho? Lo extraño aquí, señores, lo inconcebible, es el contraste singular que ofrece con la cultura de los tiempos, la aparición de la barbarie que viene llamando á las puertas del siglo XX. Nuestra guerra de hoy no es una guerra contra la ambición de un hombre que altera como Napoleón la paz de Europa, pretendiendo erigir en sistema universal su hegemonía, ó que solo necesita como Bismarck, para retroceder en su camino, que España arranque el escudo de Alemania de todos los hoteles consulares. No; hoy son hordas salvajes que intentan arrojarse sobre el viejo mundo para borrar nuestra cristiana civilización y destruir hasta los más elementales principios del derecho. Son bárbaros que no salen esta vez de los hielos del Norte, ni de las abrasadas arenas del Mediodía, ni vienen desnudos como los teutones ó envueltos en pieles de pante- ras como los cimbrios, montados en caballos salvajes.... estos bárbaros han salido del Occidente, van montados en grandes máquinas de vapor, armados de la electricidad y disfrazados de europeos. Como todas las tribus bárba- ras, no tienen más ideal que la codicia, ni más código que los desenfrenos de su voluntad.

Hace treinta años, decía un ilustre orador francés desde el púlpito de *Notre Dame* de París: «Cuando lleguen á encontrarse en un mismo pueblo, en un mismo punto del espacio y del tiempo, el progreso material y la decadencia moral, entonces veréis un espectáculo sorprendente. En lo exterior, superficie de un pulimen- to que encanta á la vista, en lo interior amenazas que asustan á las almas; de una parte magnificencias que admiran, de otra furores que consternan; por fuera todo alza la voz para gritar: *civilización*; por dentro todo levanta la voz para gritar con más fuerza: *barba-*

rie (1).» ¿Y no es este, señores, el espectáculo que están ofreciendo al mundo los Estados Unidos del Norte de América? El pueblo de Edison, el pueblo que ha venido asombrando á Europa con sus inventos, hoy la asombra con su barbarie; los que han llegado á conocer tantas leyes de la materia, no han sabido aprender las leyes más rudimentarias del honor y del decoro. No, no podía acabar el siglo del progreso sin que el mundo viera, por triste experiencia, que sólo hay una civilización verdadera, como es una la religión que la informa: la civilización cristiana, en la que no existe ni puede existir divorcio alguno entre el progreso moral y el progreso material.

Nosotros sacamos de las profundidades del mar un nuevo mundo para que diera gloria á Dios; fieles á nuestra providencial misión en la historia, llevamos al continente americano la luz del Calvario, y rotos los ídolos, hemos visto en el transcurso de cuatro siglos postrarse ante el Dios verdadero la mayor parte de las razas indígenas. ¡Cuántos progresos ha hecho y está haciendo el catolicismo en América! ¡Lástima que en un mundo donde vemos repúblicas católicas tan florecientes estén emplazados esos Estados que constituyen hoy el baldón y la ignominia de América! Bien es cierto que la población de los Estados Unidos, más que americana, es una población exótica, formada sobre los ensangrentados restos de razas indias, inícuamente segadas por los que hoy hablan de humanidad. Es un pueblo nuevo compuesto de lo más despreciable de todos los pueblos, de la escoria de todas las naciones, de degenerados de todas las razas, reclutados allí por la expatriación ó por la codicia. ¿Y qué puede ser una sociedad constituída con estos elementos, sino una masa informe, confusa, caótica, bárbara?

(1) P. Felix. *Conférence sur le progrès matériel.*

Roma daba el nombre de bárbaros á todos los que no participaban de su civilización. Nosotros llamamos también así á los que viven fuera del concierto universal de la nuestra. Los Estados de la Unión no solo viven alejados de este universal concierto, sino que le odian, le detestan. ¿Qué significa, sino, aquel soberano desprecio á la más solemne representación de las potencias europeas; la preterición incalificable que de ellas hizo el famoso *mensaje* del Presidente á las Cámaras?

Pero estos nuevos bárbaros han progresado en su barbarie. Atila oyó la voz de un Pontífice, de León I; León XIII no ha logrado ser oído por los bárbaros del siglo XIX. Y es que esta barbarie no viene, como aquélla, arrastrada por la justicia de Dios, sino impelida y empujada por su sed insaciable de oro y de conquistas.

Retiraos, pues, venerable anciano; retiraos ilustre Pontífice; vuestra misión de paz está cumplida, y pues rechazan al sacerdote, dejad paso al soldado...: aquí está España. Aunque nos veáis cubiertos de sangre en las primeras jornadas, no temáis ver ensangrentada á Europa en los últimos días de vuestro pontificado. La barbarie agarena era infinitamente más formidable que esta barbarie sajona, y no pudo atravesar los Pirineos; encontró aquí una muralla. Aquí fué vencido el Capitán de este siglo; y cuantas tiranías han amenazado en el transcurso de los tiempos la libertad de la civilización cristiana, todas han sucumbido bajo la espada que puso en nuestras manos el Dios de Israel. No, no temáis; en nombre del Señor, nosotros romperemos su arco, humillaremos sus armas y arrojaremos al fuego sus escudos. **Arcum conteret, et confringet arma; et scuta comburet igni.**

Es indudable, señores, que los Estados Unidos no conocen nuestra historia; se han envanecido por la efi-

mera gloria del combate de ayer, porque no saben que todas nuestras victorias han tenido por prólogo un desastre. No, no conocen á España. Después de una guerra de tres años, por ellos vilmente inspirada y sostenida, creyeron que no le quedaban á España más alientos que para acatar las decisiones de su Capitolio y someterse á los irrisibles capítulos de su *ultimatum*. ¡Qué sorpresa cuando vieron, como aparición inesperada, ondear ante sus ojos una bandera llena de majestad, una bandera acariciada por aquellas brisas y besada por aquellos mares...! ¡la bandera misma que llevó Colón...! la bandera de España que fué allá á buscarles y á decirles con la altivez del pueblo que ella simboliza: miradme bien... ved en mis colores todo lo que soy, todo lo que tengo, lo que es en mí inagotable: *sangre y oro*. **Vacate, et videte...** Deteneos...: descubrid vuestra frente y saludadme...: soy la bandera de la civilización cristiana y el lábaro santo del pueblo del Señor. La ronca voz de mis cañones, es la voz de un Dios airado que os maldice...: **quoniam ego sum Deus: exaltabor in gentibus, et exaltabor in terra...** Porque no hay poder alguno ante Dios, ante el Dios Omnipotente, ante el Dios de los ejércitos que destruirá vuestros planes inícuos, y restablecido el orden y asegurada la libertad y la paz, será su Nombre exaltado y bendecido por todas las gentes, por todos los pueblos, por todas las naciones de la tierra.

Espanoles... *¡sursum corda!* Levantad vuestros corazones. ¡Valor! El Señor de los ejércitos está con nosotros; nuestro caudillo es el Dios de Jacob. **Dominus virtutum nobiscum, susceptor noster Deus Jacob.** Él ha sido nuestro refugio y nuestra fuerza en todos los días de nuestra historia; su mano omnipotente nos ha sacado del fondo de las mayores desgracias..., y si

convirtió siempre nuestras grandes tribulaciones en timbres de gloria y de honor, ¿por qué desconfiar, en estos instantes, de la justicia divina?... ¿No tenéis fé en la santidad de nuestra causa?... Si nuestros antepasados hubiesen sentido desalientos en el principio de la lucha, España se hubiera enterrado en el Guadalete... Pero resistieron ocho siglos de derrotas y de victorias, y un día vieron coronados los muros de Granada con el pendón morado de Castilla. Si el pueblo español hubiese retrocedido ante la sangre que inundó á torrentes las calles de Madrid, en el día Dos de Mayo, nuestra historia no guardaría páginas tan épicas como las de San Marcial y Zaragoza, ni le hubiera señalado España á Napoleón, desde Bailén, el camino de Santa Elena; pero la sangre del Dos de Mayo no hizo más que encender la cólera de este pueblo, que jamás ha vacilado en la pelea y se ha crecido siempre ante los infortunios.

Hijos de tantos mártires, descendientes de tantos héroes, ¿qué haremos nosotros?... ¿Haremos traición á nuestro pasado? ¿Rasgaremos el libro de nuestra historia?... ¿Deshonraremos, con nuestra cobardía, las cenizas de nuestros padres?

¡Ah! tened por degenerados de nuestra raza, por traidores á la patria, á cuantos no sientan hervir hoy la sangre en sus venas, pidiendo á Dios justa venganza por las víctimas de ayer, por los seiscientos hermanos nuestros sepultados inícuamente en los abismos del mar. Tened por traidores á la patria á los que arrastrados por miserables pasiones no temen sacrificar, en aras de un mezquino interés, el interés supremo de España, en estos momentos decisivos. Tened por traidores á la patria, á cuantos os hablen con serena resignación de la esterilidad de nuestros esfuerzos y del predominio y la victoria segura de nuestros enemigos. ¿Cuándo, señores, ha sido la victoria,

producto matemático del número de ejércitos (1)? La victoria es solo del Señor (2), que no salva con espada ni con lanza, porque es árbitro de la guerra (3). Dejad al enemigo que confíe en el poder de sus máquinas de combate, nosotros invocaremos el Nombre del Señor (4), y fieles á nuestros providenciales destinos, la fé que nos ha llevadõ triunfantes por todo el mundo sobre el carro de la victoria (5), multiplicará nuestras energías, encenderá nuestros pechos, dirigirá nuestras fuerzas, decidirá el triunfo de nuestras armas y volverá á coronar nuestra frente con los destellos de esa gloria que ha alumbrado siempre nuestra brillante carrera y con las hojas de ese laurel secular que no han podido arrancar de nuestro suelo los huracanes de la desgracia.

Guerras de religión han sido todas nuestras luchas empeñadas por la libertad y por la paz del mundo cristiano; pero una guerra en que defendemos la integridad de nuestro territorio y el honor de nuestro nombre mancillado por la más vil calumnia y la santa causa de la civilización, amenazada por esa nueva barbarie que quiere destronar á Jesucristo, para colocar en sus altares el *dollar*, como ídolo universal... (6), esta guerra, señores, no es solo una guerra religiosa, es una guerra santa, es una cruzada que debemos predicar lo mismo en el templo que en las calles, en el hogar doméstico y en las plazas.

(1) Non in multitudine exercitus victoria belli. I Mac. III, 19.

(2) Tua est, Domine, victoria.—I. Par. XXIX, 11.

(3) Quia non in gladio, nec in hasta salvat Dominus: ipsius enim, est bellum. I. Reg. XVII, 47.

(4) Hi in curribus, et hi in equis: nos autem in nomine Domini Dei nostri invocabimus. Ps. XIX, 8.

(5) Hæc est victoria quæ vincit mundum: fides nostra.

(6) Non potestis Deo servire et mammonæ. Matth. VI, 24. Luc. XVI, 13.

Sí, *una guerra santa*; decidlo así, madres, á vuestros hijos, cuando os pidan el último beso como santa bendición para marchar á la guerra; predicadlo así, sacerdotes, al pueblo, para que al esfuerzo de nuestros soldados se una la acción de otras armas poderosísimas: la penitencia y la oración; arengad así, oficiales, á vuestros soldados; decidles lo que el inmortal Churruca á sus marinos en Trafalgar: «Hijos míos, en nombre de Dios, yo os prometo la bienaventuranza á todos los que mueran cumpliendo sus santos deberes.»

Y vosotros, héroes del Dos de Mayo, almas generosas de Daoiz y de Velarde; de Ruiz, de Romeu,... mártires todos de la Independencia...: postraos ante el solio del Eterno y pedidle la victoria decisiva y el triunfo completo de nuestras armas. Salid al encuentro de vuestros hermanos, los héroes de hoy, las víctimas de Cavite, los que, há muy pocas horas, luchaban con sin igual bravura, y sacrificados por la más santa de las causas, desde el fondo de aquellas naves incendiadas, que humean todavía, y desde los senos del mar suben á comparecer ante el Altísimo. Conducidlos á la presencia del Señor, y cuando de los labios del divino Juez oigáis aquella interpelación apocalíptica: *Hi... qui sunt et unde venerunt* (1). *Quiénes son éstos... de dónde vienen*, contestadle vosotros las mismas palabras que oyó San Juan desde la Isla de Patmos: *Hi sunt qui venerunt de tribulatione magna et laverunt stolas suas et dealbaverunt eas in sanguine Agni* (2). Estos, Señor, son los que vienen de una gran tribulación, de una guerra santa, de un combate empeñado contra la iniquidad; son nuestros hermanos, son los hijos de España muertos en defensa de la eterna justicia;

(1) Apoc. VII, 13.

(2) Apoc. VII, 14.

son vuestros soldados que han lavado sus almas con la sangre del martirio. Pedidle, sí, á Dios, para España un triunfo singular contra todos sus enemigos; y para las víctimas que este triunfo ha de inmolar, la paz y el descanso eterno que por vosotros pide el pueblo español en este día: *Requiem eternam dona eis Domine, et lux perpetua luceat eis.*

Requiescant in pace. Amén.

